

CON TINTA SANGRE DEL CORAZÓN

Alfredo Castro, que se había titulado de Bachiller en Marginalidades dirigiendo *La manzana de Adán*, de Claudia Donoso, avanza hacia un doctorado en Puerta de las Sombras con su propia obra *Historia de la sangre*, estrenada en la sala Naval por el Teatro de la Memoria. El impulso para este espectáculo surge de una investigación sobre crímenes pasionales que Castro realizó, con una beca otorgada por la Fundación Andes, entre criminales reclusos en cárceles o manicomios.

El autor le ha seguido la huella a un tema que desde hace mucho tiempo ronda en la intelectualidad chilena: por debajo de la conducta civilizada, de los modales cortezanos, de la repesión cívica, de la sublimación romántica que se expresa en un lenguaje armónico, hay todo un sustrato pánico en la sociedad, torbellinto, desarticulado, amenazador, intraducible a términos normales, que es el contraccanto oscuro de una sociedad autocomplaciente.

Oyendo a los perturbadores personajes de esta pieza, no se puede dejar de aludir a un clásico de esta investigación: *El Chacal de Nahuelbuta*, de Miguel Littin. Esta historia de un gángster que asesina a su conviviente y después a sus cuatro hijos pequeños desembocó en una apasionante polémica entre la cultura del mundo moral y los desenlaces de otra esfera, quizás el cuanto mundo, donde se razona de otra manera, donde impera una moral diferente y donde los impulsos caribiosos pueden asumir la forma de la más horripilante violencia. Cuando el juez le pregunta al Chacal por qué ha asesinado a las niñas luego de haber ultrajado a su madre, la respuesta es: "Para que no sufrieran las pobrecitas".

El fraseo verbal de Nelson Villagra personificando al homicida es evocado con vivacidad en este nuevo espectáculo. Hay en los excepcionales actores de *Historia de la sangre* un laborioso estilo expresivo donde destaca lo que hacen con la voz. Como en los personajes se dan rasgos espasmosínicos, pasan del relato "normal" a darles salida al inconsciente o a la pantomima inocencia, de donde salta el crimen imprevisible, entonces sus voces adquieren otras coloraturas, sueltan un aire gutural, un roncoteo espeso, su dicción se hace espasmódica, evocan onomatopeyas animales. Algo nuevo y horrible pasa sobre el escenario oyendo a estos antihéroes: Rosa, La Descuartizadora, La Chica del Peral,

Peso Mosca, La Madre.

La puesta en escena de Castro tiene algo estático y ritual. Las figuras se disponen en espacios acotados, en segmentos que apoyan muy bien su situación de seres desgajados de una comunidad, de reclusión. No es necesario mostrar la jaula tormentosa en la cual cada uno de ellos habita. La "cárcel de amor" en la cual se agitan reviviendo una y otra vez la tragedia de haberse aniquilado lo que amaban está interiorizada en cada actor. También en el espléndido maquillaje, en las máscaras, está detenido el rictus de la agonía. A veces el rostro se anima y adquiere visos de "normalidad", pero la obsesión homicida vuelve a someterlos.

La hábil construcción dramática permite que en los intersticios de estos monólogos se filtre la biografía de cada uno de ellos, su raigambre de barro y miseria, su alienación racial, su educación en el desamor de la familia, la inflexiva y mítica apropiación de los más externos símbolos patrióticos, como lo hace el demente que ama a O'Higgins, padre de la patria e hijo natural.

DIVAS Y GALANES

"Mis manos están llenas de silencio; yo entero estoy lleno de silencio y debo trabajar pacientemente con él", decía Dubois, el asesino protagonista de la novela *Todas esas muertes*, de Carlos Droguett. En la obra de Castro estamos lejos de ese refinamiento intelectual del asesino como una bella arte del que hablaba De Quincey, pero se siente en estos actores ese mismo silencio, algo no formulado, aquello que está más acá de todo lenguaje, la fatal energía de la locura y del asesinato que ha debido entusiasmar a Castro para emprender esta aventura. De una parecida intuición se nutrió Donoso en *El obscuro pájaro de la noche*, esa zambullida sin retorno en lo monstruoso de los sótanos físicos y mentales de los sirvientes.

En esta ciudad conviven, aunque le aterra a nuestro repertorio de civilidad y buenas costumbres y a la cultura de nuestros hábitos y creencias, estratos de población atrapados en otras mitologías, desesperados en la marginalidad y la pobreza, incapaces de acomodarse al rol de

ganar de mirar lo que va botando en el camino. Desde allí surge esporádicamente la violencia que nos aterra, el recuerdo de que vemos la luz porque también existe la sombra. La perspicacia de nuestros artistas busca estos seres larvarios, marginales, para expresar sin ningún tipo de moralina su desazón, su distancia de los juegos fatuos de la banalidad. Algo de eso hay en las novelas de Diamela Eltit y en la virulencia de los mapaches protagonistas de *La revuelta*, de Sonia Montecinos.

Y por último algo inoludible: ver a los galanes y divas de la televisión sometidos a la furiosa tensión expresional que les propone Alfredo Castro provoca una emoción. Salvo pagar tributo a sus vocaciones y a sus ambiciones que no se agotan en el chabacano, estas áperas obras de vanguardia no ofrecen otra recompensa, fin este sentido, ovación a Paulina Urrutia, Amparo Noguera, Maritza Estrada, Rodrigo Pérez, Francisco Reyes, Pablo Schwartz y Gabry Hernández.

Y ahora, queridos lectores, háganse "tu-ru-ru-el", que me alejo cantando *Nuestro juramento*, de Julio Jaramillo: "Si tú mueres primero, yo te prometo/ que escribiré la historia de nuestro amor/ la escribiré con sangre, con tinta sangre del corazón". ■



Marcial Tamayo descansa en paz... [artículo] José Arraño Acevedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arraño Acevedo, José, 1921-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marcial Tamayo descansa en paz... [artículo] José Arraño Acevedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile